

ciosamente escritas, con sus recónditas noticias y atinadas observaciones, se me desvaneció por completo un escrúpulo que en mi cabeza iba tomando asiento, al leer una y otra vez que los cervantistas manoseamos demasiado las obras de nuestro autor predilecto, que vemos visiones en ellas, y solamente de *Cervantes* sabemos hablar, sin poder decir nada que ya no esté dicho y repetido.

No: las cartas de V. patentizan á vista de todos que hay mucho en la vida y en las obras del celebrado escritor que no se ha dicho todavía, y que al escribirlo de la manera que V. sabe hacerlo, produce á un tiempo mismo deleite y utilidad á los lectores, enriqueciendo á la vez nuestra historia literaria con datos y noticias peregrinas. Animado por tal ejemplo, quisiera poder enviar á V. desde luego el tanto tiempo hace ofrecido trabajo comparativo sobre los *Novísimos biógrafos de Cervantes*; pero esta labor crítica es prolija, detenida por su misma índole; y como las buenas acciones no deben dejarse para luego, y yo debo á V. por mil conceptos gratitud, no quiero esperar, y le dirijo como de vanguardia *Algunas Notas* de las muchas que tengo reunidas para un nuevo comentario del *Quijote*, cuyo proyecto de Prólogo vió la luz en el número XVI del excelente periódico titulado *La Academia*, que en el año 1877 se publicó en Barcelona.

La noticia del motivo de este *Comentario*, y de la edición á que debía acompañar, ilustrada por Maria-

no Fortuny, es bastante curiosa y tal vez algún día me decida á relatarla á usted para que haga de ella el uso que más le agrade, como puede hacerlo de la presente y de las adjuntas *Notas*; en la buena inteligencia de que el destino que V. quiera darles será siempre el mejor en el concepto de su amigo y apasionado

J. M.^a A.

NOTAS PARA LA PREPARACIÓN

DE UN NUEVO

COMENTARIO DEL QUIJOTE

I

EL INGENIOSO...

No se asusten los entusiastas. Dé cada cual al fenómeno el nombre que mejor le cuadre. Es lo cierto que rigores de una crítica descontentadiza, voltaria y más amiga de hacer ruido y ostentar novedades que de tener razón, por una parte, y por otra cavilaciones de comentadores que no comentan, sino sueñan, han acumulado cargos contra *El Ingenioso hidalgo* desde el título mismo de la obra, censurando su propiedad y corrección.

Y es por demás extraño que ocupándose de *Cervantes*, del escritor más fácil, más gráfico entre cuantos han manejado la lengua castellana, se quiera comenzar por eruditos críticos y filosóficos comentaristas, poniendo tacha y dando explicaciones al primer renglón que trazó su pluma en la mejor de sus obras.

Debe ser siempre el título de un libro la síntesis de su contenido, el indicador, á lo menos, de la substancia que encierra; algo que manifieste la índole del asunto que se trata; y éralo siempre sin falta alguna entre los escritores de nuestro siglo de oro, de tal manera, que antes de abrir la primera página, ya comprende el lector la clase de obra que va á servir de pasto á su entendimiento, de solaz á su imaginación, de guía para su conciencia ó dulce consuelo á sus penalidades.—*Cervantes* no podía separarse de aquella costumbre; era el rey de la prosa castellana, cuyo cetro conserva todavía, y no puede tener cabal su razón quien sea osado á acusarle de que no acertó á dar título apropiado á su libro, y colocó un ripio, ó una palabra impropia, ó un adjetivo incongruente para calificar á su hidalgo adalid de imaginarias Dulcineas, desfacedor de soñados entuertos. ¡Medrado andaría el escritor ilustre, si tales críticos y comentaristas tales tuvieran fundamento para sus cavilidades!

El erudito D. Diego Clemencín, después de ver con harta claridad que el calificativo de *Ingenioso* no puede dirigirse al autor de la obra ni á la obra misma, asienta

dogmáticamente que tampoco puede recaer sobre el hidalgo manchego, cuyo cerebro andaba á pájaros por causa de sus descomulgados libros y de sus negras caballerías; y concluye que el título es *oscuro*, el adjetivo *Ingenioso* es *poco feliz*, y con tan excelente principio entra ya satisfecho en el extenso campo de su erudito comentario.

¡*Oscuro* y *poco feliz* Cervantes! ¿Y esto lo escribe un admirador de su estilo? ¡*Oscuro* el escritor cuya frase es clarísima y tersa en todas ocasiones, y en cuyas manos la copiosa lengua de Castilla era instrumento dócil y flexible para todo linaje de expresiones! ¿*Poco feliz* para adjetivar el sujeto principal de su libro, el ingenio más lozano, más fresco, más rico y sazonado de cuantos han escrito en nuestra patria? ¿Es posible que tales asertos se estampen después de alguna meditación?

En pos del desbarro crítico tropezamos con el delirio del comentador preocupado y lleno de extrañas alucinaciones. Don Nicolás Díaz Benjumea comprende que el académico Clemencín no haya entendido el adjetivo *Ingenioso*, aplicado á un pobre lunático, á un ser privado de razón; pero es porque el crítico, á pesar de su saber notorio, no se había elevado todavía del terreno rastrero y prosaico de los *comentadores de la letra*, no había alcanzado las alturas de los *comentadores del espíritu*, que si á tanto hubiera llegado, claro, fácil y llano le hubiera sido entender y explicar el título del *Quijote* y el adjetivo *Ingenioso*, como lo entiende y explica Benjumea sin trope-

zar en rama. Pero no entendiendo el *espíritu*, el adjetivo es un ripio, un epíteto *poco apropiado*.

Si el libro fuera sátira contra las historias de andantes caballeros, dice Benjumea, «correspondería mejor el título de *invencible* á quien tantas veces fué vencido; el de *espantable*, á quien á todos daba ocasión de risa, ó en suma, el de atrevido, formidable, ó cualquier calificativo análogo, que recayendo sobre un viejo flaco, pusiese desde luego de manifiesto lo ridículo y burlesco del personaje.»

El adjetivo *Ingenioso*, es, según Benjumea, uno de los datos más importantes en la cuestión de si existe doble sentido en el *Quijote*; está puesto por *Cervantes* en la primera línea de su libro para llamar la atención de la posteridad sobre el ingenio con que aquél está escrito; para declarar el *sentido oculto* que encierra, para animar á los estudiosos á que escriban *comentarios filosóficos*, á que busquen anagramas, que son el alma del buen Alonso Quijano; es el portero, el cicerone que guarda la clave del secreto, que tiene el don de hacernos entender el jeroglífico. Si no fuera esto, no sería nada más que un *ripió*. Una vez encontrada el alma, quitado el disfraz, se está en posesión del *espíritu que salva*, en contraposición á *la letra que mata*, y se descubre el secreto de la inmensa popularidad del *Quijote*. Este razonar de Benjumea por sí sólo se alaba,

No es menester alaballo.

¡Dios tenga de su mano á los delirantes, que poseídos de la pasión por *Miguel de Cervantes*, llevados del entusiasmo por su obra inmortal, se extravían, ven visiones, y son maniáticos de *Don Quijote*, como éste lo estaba de sus libros de caballerías! Si *Amadís de Gaula* y su innumerable y revesada descendencia trastornaron á muchos el cerebro, haciendo soñar á pacíficos y honrados castellanos con castillos roqueros, batallas y encantamientos, doncellas hermosas, magas, dueñas y descomunales gigantes, ciudades de cristal, palacios de oro, pajes, enanos y vestiglos, también, á nuestro entender, *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* ha producido casos de alucinación y monomanía cervantina.

Ni el crítico afamado, ni el comentador famoso han comprendido—¡extraño caso!—el título de la obra que despertó su entusiasmo y á la que consagraron sus vigiliass. No es *oscuro* ni *poco feliz* el calificativo de *Ingenioso*; no es necesario acudir á delirios para explicarlo; ni dobles sentidos ni anagramas son precisos para entenderlo. No fué puesto por *Cervantes* como llamador ó muestra en la fachada de su obra; ni puede ser el sentido esotérico, recóndito y misterioso la causa de la popularidad del *Quijote*; porque, ya lo hemos dicho, y á este argumento no le encontramos respuesta, ni se ha dado por nadie hasta ahora: si la causa de la celebridad del *Quijote*, su mérito singularísimo, su importancia, consisten en lo que está escondido, en sus ocultas alusiones, sus anagramas, sus dardos á la Inquisi-

ción muy embozados, y á otras instituciones de aquel tiempo, ¿cómo ha sido tan celebrada la obra, tan leída, tan apreciada y aplaudida en los dos siglos que han pasado desde su primera publicación hasta que se ha descubierto la clave del enigma?

No: el *Quijote* es celebrado, leído y comprendido en todas las naciones por su mérito literario, por la profundidad de su pensamiento, por la altísima filosofía que en todas sus páginas derramó el autor. El título de la obra es feliz, propio y gráfico, pero es porque recae sobre el sujeto, sobre *Don Quijote*, indicando sus cualidades, la nota más saliente de su condición y carácter.

No obstante el extravío de su razón y aún á pesar de su enfermedad misma, el hidalgo Alonso Quijano conservaba la agudeza de su ingenio, lúcido y perspicaz cuando no miraba á través del engañoso prisma de sus negras ilusiones. Viendo los sucesos por el intermedio de éstas, el ingenio era igualmente grande, pero se extraviaba; la equivocación provenía del pathos, de la afección, de la enfermedad; el color de que estaban teñidas las concepciones reflejaba en las consecuencias. El hidalgo seguía siendo *ingenioso*, pero con criterio erróneo; el ingenio corría por la misma desviación que la razón; cuando ésta era perturbada por fantasmas, lo ingenioso era buscar la antítesis, consistía en traer la consecuencia contraria á la verdad, percibir el hecho torcidamente, razonar mal y deducir con mucho y torcido ingenio falsos resultados. *Don Quijote* del vencimiento deducía

el triunfo, de la impotencia la alta importancia de su valer, ligado por fuerzas superiores envidiosas de su gloria; al recibir golpes, al ser objeto de burlas, al sentirse lastimado física y moralmente, su *ingenio* convertía en bienes aquellos males, como antes su perturbada razón había convertido los molinos en gigantes. Volteado por las aspas, era *ingenioso* al discurrir que un enemigo de gran poder había convertido los gigantes en molinos, envidioso de su fama y renombre.

Entre los fenómenos psicológicos tan magistralmente desenvueltos por *Cervantes*, este es el más digno de atención y el más admirable de todos; porque es el fondo del padecimiento, la causa eficiente de los actos del héroe, y el único que explica bien todas las aventuras y desventuras de su historia. Una vez estudiada, comprendida la especie de enfermedad intelectual que *Cervantes* describe, se encuentra clara explicación, y razonable el progreso de todos los sucesos. El hidalgo estaba dotado de lúcido entendimiento y lo mostraba en cuantos casos no le perturbaban sus alucinaciones. Cuando éstas se exacerbaban, cuando el período de enagenación era más grave, los objetos exteriores tomaban para él formas fantásticas, proporciones desmesuradas, colorido falso... y obrando entonces, no como era razonable, sino como veía en su acalorada imaginación, trataba de encantadores á los monjes, de doncellas á las distraídas mozas, miraba las ventas como castillos y como altos caballeros á los comerciantes toledanos...

Sobrevenía el desengaño; quedaba el hidalgo vencido por la realidad, tendido en el suelo del mundo al bajar del cielo de sus ilusiones aporreado y contuso, sin haber hecho el bien que soñaba... pero no lo creía tampoco. La afección cerebral continuaba, y aplicaba su *ingenio* á demostrar que no se había equivocado; que eran en verdad follones malandrines los que castigar quería, y que en lugar de haber sufrido una transformación engañosa ante sus ojos, otros envidiosos, enemigos de su gloria, habían hecho el truco; y la verdad era lo que él había visto.

Esto no lo decimos nosotros, no es ilusión de comentarador entusiasmado; lo dice el mismo *Cervantes* con tanta claridad que solamente dejará de verla el que quiera cerrar los ojos.

En el capítulo XVIII de la *Parte Primera*, después de haber acometido el hidalgo á los rebaños, viendo que ya los pastores se habían ido, baja Sancho de la loma donde estaba, y le dice:

—¿No le decía yo, Señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

A cuya justísima reconvención, hija del sentido común, y que la experiencia confirmaba en aquel momento, repone con la más cómica gravedad el caballero:—«Como eso puede desaparecer y contrahecer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábet, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que yo había de alcan-

»zar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algún poco vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero...»

¿Está bien aplicado el adjetivo *Ingenioso* á un hidalgo de tal condición? ¿Serán necesarias otras explicaciones sobre las que da el autor, para entenderlo clarísimamente? Ni es antitético con la locura de *Don Quijote* el ingenio, ni está de más en el título de la obra, ni es obscuro, ni sirve para llamar la atención sobre alusiones encerradas en la novela. Es miembro necesario de la oración, calificativo oportunísimo y gráfico del sujeto; dice lo que es el protagonista; por eso lo conservó *Cervantes* al frente de la *Segunda Parte*, aunque en ella cambió al *Ingenioso hidalgo en Ingenioso caballero*.

II

PRELIMINARES

Por Real cédula fecha en Valladolid á 26 días del mes de Septiembre de 1604, se concedió Privilegio á Miguel de Cervantes, para que él ó quien su poder hubiere, y no otra persona alguna, pudiera imprimir en todos los reinos de Castilla, por tiempo de diez